



Comentario a Alfredo Nateras Domínguez (Comp.): *Juventudes sitiadas y Resistencias afectivas. Tomo 1: Violencias y Aniquilamiento*, Gedisa: Ciudad de México, 2016, 218 páginas.

Florencia Vallone y Jeremías Zapata
LESyC, UNQ

Pensar a las “juventudes” en relación con el contexto económico y socio cultural en el que se encuentran insertas es una de las claves principales para leer el libro del que se hace referencia. En *Violencias y Aniquilamiento*, primer tomo de *Juventudes sitiadas y Resistencias afectivas*, el escenario es México, haciéndose especial énfasis en aquellos Estados más afectados por el narcotráfico y la “guerra” que el país libra contra él.

“Violencias sociales” y “juventudes” son las variables que se cruzan en este primer libro. La propuesta que recorre a los cinco trabajos que lo conforman es reflexionar sobre México y su presente político para comprender a los y las jóvenes, y, a su vez, entender a los y las jóvenes para *conocer* sobre México. Para esto es importante saber que las juventudes están

“situadas” y “sitiadas”. “Situadas” porque siempre debe tenérselas en cuenta en contexto y “sitiadas” ya que se encuentran *encerradas* entre “violencias” llevadas a cabo tanto por el narcotráfico como por el Estado. Sin embargo, no debemos descartar que la marginalidad frente al mercado laboral formal y la educación, y la constante estigmatización mediática y social también recaen sobre juventudes que, a su vez, construyen “identidades” ligadas a “resistencias afectivas” que suelen ser violentas.

En “Vidas cotidianas y heridas sociales: crimen organizado y *juvenile*”, Alfredo Nateras Domínguez observa que en la “guerra” contra el narcotráfico México ejerce violencia sobre la población en general y contra las juventudes en particular. La acción estatal, para el autor, puede infundir miedo en las mismas, pero también activar formas de resistencia que manifiestan descontento. Éstas se expresan en las corporalidades, los espacios y los territorios dando cuenta de afectos, emociones y experiencias de vidas ligadas a los jóvenes que integran “maras” y “pandillas”.

En relación a las “maras” y “pandillas”, Nateras expresa que también deben ser tenidas en cuenta en contexto, como producto histórico de procesos de migraciones forzosas provenientes de Honduras, El Salvador y Guatemala durante los años 90 y 2000. La observación que lleva adelante el autor en torno a las “maras” y “pandillas” resulta en una reflexión que implica la imposibilidad de comparación entre las mismas y las organizaciones criminales narcotraficantes, quienes poseen poder de fuego, influencia política, grandes sumas de dinero y una estructura compleja.

En el capítulo 2, “Asesinos *adolescentes*, asesinados”: *Representaciones de la adolescencia en Los olvidados*, de Luis Buñuel, Carles Feixa entiende que dicho director aporta una crítica interesante a la sociedad mexicana de los años ‘50, poniendo

el foco en los jóvenes “olvidados”. Según Feixa, el trabajo que hace Buñuel a la hora de producir su obra es parecido al método de los antropólogos que trabajan con bandas juveniles. Destaca que utilizó la *observación participante* y recurrió a la *investigación documental* para crear sus personajes. Para el autor, el film invita a una variedad de interpretaciones acerca de la representación cultural de la juventud, estando ésta por fuera del Estado de bienestar, expuesta a la explotación laboral y la ruptura de la familia tradicional. Propone una forma de lectura interesante de la película basándose en tres grandes claves. La primera de ellas tiene que ver con el “mundo interior” del adolescente, que se encuentra sumergido en una serie de conflictos familiares que repercuten en él afectiva y emocionalmente. En este punto existiría una relación entre problemas en las familias de los jóvenes, dada la desintegración de ellas, y acciones concretas o sueños que representan sus “frustraciones y esperanzas”.

En el segundo eje la lectura se centra en las “palomillas”, pandillas callejeras de México. Feixa realiza una doble interpretación de estos grupos urbanos: por un lado, se refiere a su dimensión estructural, haciendo alusión a las condiciones sociales que caracterizan a sus miembros. Por otro lado, distingue una dimensión simbólica, que tiene que ver con las imágenes culturales que estas “palomillas” desarrollan. Las mismas hablan un “lenguaje de argot verbal y no verbal”, “una estética corporal” que es anterior a las “modas” y actividades que se desarrollan, centralmente, en la vida callejera. Además, señala que no realizan una música particular ni otros tipos de expresiones culturales, como por ejemplo grafitis, lo cual da cuenta de que la película antecede a la cultura juvenil de masas.

Por último, el autor entiende a los miembros de las palomillas en relación a las instituciones y a su entorno social en general. Destaca que en la

película podemos encontrar instituciones visibles e instituciones ausentes. Las primeras están simbolizadas por un policía y el director de una granja/escuela, y en ellas vemos su carácter puramente represivo. En cuanto a las segundas, también la escuela y además las familias estructuradas.

Uno de los ejes transversales del libro, tiene que ver con las condiciones estructurales. Rogelio Marcial, en el artículo “Jóvenes, violencias y barrios en la capital jalisciense”, agrega otro factor: la desorganización y resquebrajamiento del tejido social, fenómenos que profundizan el individualismo y la incertidumbre en la vida de la población más joven. Marcial destaca que los jóvenes tienen dificultades para proyectarse en el futuro y agregarles estabilidad a sus biografías. El pasaje de la familia a la escuela y de esta al trabajo está lleno de obstáculos. Esa trayectoria inestable impide a los jóvenes marginados adecuar sus proyectos de vida a ideales comunes. En la desintegración de aquellas trayectorias, el estado tiene un papel protagónico no solo cuando se descompromete del mercado de trabajo, sino cuando criminaliza a las estrategias de sobrevivencia y pertenencia. En efecto, cuando la economía familiar se desfonda, en un contexto de desintegración familiar, los jóvenes buscan en la vida en la calle y en las relaciones con sus pares, la contención que no encuentran en sus hogares. Desarrollan otros estilos de vida y estrategias de sobrevivencia que se los llevarán puesto la “guerra a las drogas”.

Salvador Cruz Sierra en el artículo “Cambio y transformación de la identidad chola en el contexto de la narco violencia en Ciudad Juárez”, hace un recorrido histórico de la conformación de la identidad “chola”. Para el autor, ser “cholo” implica una manera de estar en el barrio. Ser “cholo” es ser “malandro”, llevar tatuajes, vestir de determinada manera, tener gustos de música peculiares, consumir

drogas, adquirir ciertas posturas corporales y hacer uso de la violencia. Modos de ser que se fueron componiendo colectivamente en los barrios donde habitaban. Además, es una identidad no sólo sobredeterminada por la clase social, sino por el género, vinculada con la heterosexualidad patriarcal. De hecho, la socialización violenta y machista con las mujeres y otros varones, es otro componente fundamental de la identidad chola. Una identidad cuyas prácticas, fueron subalternizadas por el resto de la sociedad y criminalizadas por el Estado mexicano. Para Cruz Sierra, la “guerra a las drogas” fue un antes y después para la identidad “chola”. La violencia que rodeó al narcotráfico en las últimas décadas despojó a los “cholos” de sus territorios y al hacerlo, las pandillas se fueron perdiendo. En efecto, las juventudes quedaron “atrapadas” en las disputas territoriales, entre distintos grupos del crimen organizado y las acciones del Estado. Muchos de los antiguos integrantes de aquellas pandillas, marginados del mercado laboral, empezaron a sumarse a las bandas narcos y se incrementaron los enfrentamientos entre los distintos grupos y los asesinatos de jóvenes.

El último artículo, “Sicariato juvenil en Juárez, narrativas en crisis”, es el resultado de un trabajo de campo en el cual Arturo Chacón logra entrevistar a R-4, un sicario narco. Primero se describe la vida privada y el trabajo de R-4 y luego se nos brinda un panorama de Ciudad Juárez. Porque para el autor existe una relación entre el sicariato y la estructura social. En efecto, cuando el mercado laboral formal ofrece a las juventudes mexicanas pocas chances para resolver problemas materiales, en un contexto de desintegración familiar, poco capital educativo acumulado, y consumo de drogas problemáticos, en ese contexto, queda un terreno fértil para que los cárteles narcos recluten a los jóvenes como asesinos profesionales. De hecho, el sicariato se ha

convertido en el quinto empleador del país. Pero el sicariato, además de ser una estrategia de sobrevivencia, se ha convertido en una estrategia de pertenencia, una manera de componer una identidad a través de los usos de la violencia extrema. La entrevista a R-4 permite pensar las prácticas del sicariato más allá de las determinaciones económicas, teniendo en cuenta el punto de vista de uno de sus protagonistas para comprender también las elecciones que se toman y, sobre todo, para tratar de describir y entender cómo es vivida la crueldad, que se busca con ella, qué se pone en juego a través de esa violencia que escala hacia los extremos.

El primer tomo del libro aporta una mirada estructural de las violencias que recaen sobre las juventudes mexicanas. Lejos de presentarnos a las mismas como meras víctimas pasivas de las condiciones en las cuales se encuentran, los artículos dejan entrever las diversas resistencias que las juventudes desarrollan frente a la estigmatización social y mediática, la criminalización estatal y las acciones del narcotráfico. Se trata de juventudes que si bien no son responsables del contexto violento en el cual viven, sí son sujetos capaces de forjar formas de estar en sus barrios. Aunque la paradoja es que esas identidades muchas veces implican que la violencia se redirecciona hacia pandillas rivales o distintos miembros de la sociedad.

En definitiva, “*Violencias y Aniquilamiento*”, primer tomo de “*Juventudes sitiadas y Resistencias afectivas*”, es una invitación para comprender cómo las juventudes mexicanas aprenden a vivir en un mundo atravesado por violencias estructurales, estatales, mediáticas y criminales relacionadas al narcotráfico.